

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA – COMISIÓN EPISCOPAL DE MINISTERIOS
Secretariado Nacional de Formación Permanente de los Presbíteros

Encuentro Nacional de Sacerdotes

Villa Cura Brochero
5 – 7 de septiembre 2017

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo-Obispo Emérito de Papantla
Secretario para los Seminarios

Introducción y dimensión pastoral en la formación permanente

Martes, 5 de septiembre

Introducción

Queridos hermanos, me alegra mucho poder compartir con ustedes este encuentro. Agradezco la invitación que me hicieron llegar, a la que respondí con mucho gusto. No es la primera vez que estoy en la Argentina, en el 2015 tuve la oportunidad de encontrarme con los obispos y con los formadores de seminarios con ocasión de la elaboración de la nueva *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*.

Les transmito el saludo del Card. Stella, y el abrazo fraterno de la Congregación para el Clero, quienes están unidos en la oración pidiendo por este acontecimiento de fraternidad sacerdotal, objeto principal de este encuentro. Nos convoca la reflexión sobre la Formación Permanente, siendo el mismo encuentro una expresión vital de ella.

Tengo la certeza que junto a nosotros está el Cura Brochero, que si bien hoy no comparte aquí el mate que supo tomar con sus paisanos, se hace fraternalmente presente entre nosotros con su testimonio vivo de amistad con el Señor, con su pasión por el pueblo que se le confió y con su devoción a la Purísima. Toda su vida habla de un

ministerio vivido como camino de santidad, que asumió la formación permanente en las categorías de su tiempo, entregándose desde la caridad pastoral. Damos gracias al Señor por este santo sacerdote que nació, creció y murió en los paisajes de Córdoba, gracias por compartirlo con los sacerdotes de todo el mundo. De hecho en la Congregación para el Clero hemos colocado su imagen junto a la del Cura de Ars.

Dos acontecimientos son ocasión de acción de gracias y de reflexión: el 25 aniversario de la publicación de la *Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis*, y la canonización del cura Brochero. La memoria agradecida, nos interpela sobre qué hemos hecho con la rica herencia recibida, tanto en nuestro ministerio como en nuestros presbiterios.

Deseo en este momento compartir con ustedes una reflexión sobre la novedad y actualidad de la *Exhortación Apostólica Pastores Dabo Vobis* y lo que significa la nueva *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, ahondando en la dimensión pastoral en la Formación Permanente.

I – De la Exhortación apostólica Pastores Dabo Vobis a la Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis

Los decretos *Presbyterorum Ordinis* y *Optatam Totius* del concilio Vaticano II, ahondaron en la reflexión sobre el ministerio presbiteral y la formación sacerdotal. La propuesta de la renovación pastoral de la Iglesia, en fidelidad a la Tradición, implicaba consecuentemente, actualizar la teología del ministerio.

Los documentos sobre el ministerio sacerdotal del Concilio y sobre la formación en los seminarios, fueron retomados en el Sínodo de 1967, en el que uno de los temas era “*La nueva estructura de los Seminarios*”, en la *Ratio Fundamentalis* publicada en 1970 y en el Sínodo de 1971, que trató sobre “*El sacerdocio ministerial y la justicia en el mundo*”.

Junto a esta profundización en la persona y ministerio del presbítero, se daba la situación de una crisis en la vida sacerdotal, con numerosos abandonos del ministerio. La realidad desafiante llevó a que el Sínodo realizado en 1991, se dedicara a pensar la formación sacerdotal conforme a las necesidades del tiempo. Recogiendo el trabajo del Sínodo, Juan Pablo II publica *Pastores Dabo Vobis* el 25 de marzo de 1992

PDV es un hito, fruto de un camino recorrido que había insistido en la identidad sacerdotal, que acentúa el tema de la formación, proponiendo criterios pedagógicos, y

profundizando pastoralmente la reflexión realizada hasta el momento. Así, la exhortación se convierte en un punto de referencia doctrinal.

La exhortación fue asumida prontamente en Latinoamérica tanto en las instancias de organizaciones continentales, como nacionales. Las iniciativas de la OSLAM y el DEVYM han realizado un gran aporte a la formación, basta recordar los encuentros para formadores de seminarios y de formación permanente. Ha favorecido la reflexión sobre la vida y ministerio de los presbíteros, pero fundamentalmente y particularmente la aplicación de una pedagogía de la formación. Aquí mismo en la Argentina, se ha desplegado un rico repertorio de propuestas a través de la Organización de Seminarios de la Argentina y de la Comisión de Ministerios de la Conferencia Episcopal.

***Ratio Fundamentalis*: Continuidad y novedad**

La identidad del presbítero no cambia a lo largo del tiempo, estando radicada en la llamada de Cristo, pero la figura del sacerdote y su ministerio se adaptan continuamente a partir del desarrollo magisterial, espiritual y teológico de la Iglesia, acogiendo los signos de los tiempos, que emergen en la vida concreta del Pueblo de Dios.

Hoy el Santo Padre exhorta a la Iglesia a anunciar la alegría del Evangelio, viviendo una conversión pastoral con sentido misionero, y la anima a salir de los criterios y modalidades consolidadas para revisar con atento discernimiento los estilos, los lenguajes y la misma estructura de su misión evangelizadora, a salir a las periferias existenciales.

Frente a esta realidad surge espontáneamente la pregunta sobre la figura del sacerdote concorde con esta visión de la Iglesia y para el tiempo que nos toca vivir. La respuesta está esencialmente ligada a la formación, para la cual la *Ratio Fundamentalis* ofrece algunas orientaciones en orden a un ministerio presbiteral acorde a los desafíos actuales.

La imagen del presbítero que ofrece es la del discípulo en camino con el Maestro y la de un pastor que permanece junto al rebaño, sin separarse nunca de él. Del llamado de Dios en vista a la misión en su nombre, deriva la necesidad de una formación, única desarrollada durante toda la vida, en la Iglesia, a través de etapas y momentos diferentes.

Esta formación que es comprendida desde el **principio de integralidad**, con un carácter eminentemente comunitario y caracterizada por su profundo sentido misionero, pretende consolidar al sacerdote en su seguimiento del Maestro, creciendo en una

continua configuración con Cristo, para vivir según sus sentimientos y actuar con sus criterios. En esta única formación integral y gradual, se distinguen dos grandes fases: inicial y permanente.

La expresión “*formación permanente*” fue utilizada por primera vez en el ámbito sacerdotal en la carta de Juan Pablo II dirigida a los sacerdotes el jueves santo de 1979. Si bien la formación permanente ya era propuesta en los documentos Conciliares, es en *Pastores Dabo Vobis* donde se consolida como propuesta formativa, y es posteriormente asumida por la *Ratio Fundamentalis*.

En esta reunión quiero destacar dos constataciones. La primera es que así como para muchos países es una novedad, en la realidad de Latino América es la **confirmación de un camino ya iniciado**. Una prueba de ello es lo realizado por la OSAR en favor de la formación inicial y por la Comisión Episcopal para los ministerios, para la Formación Permanente. Otra constatación que hago es no sólo la expectativa que se generó con el documento, sino la recepción misma, teniendo en cuenta que fue verdaderamente entendido en los que se propone, un camino formativo integral, tanto para la formación inicial en los Seminarios como para la formación permanente de los sacerdotes.

El desafío planteado, será la redacción de la nueva *Ratio Nacionalis*, motivando la elaboración de los Proyectos Formativos de los Seminarios y los planes de Formación Permanente en cada Diócesis.

II – La dimensión pastoral de la formación permanente

1. La misión pastoral del sacerdote en el horizonte de la Promesa.

“*Les daré pastores según mi corazón*” (Jer 3,15)

La Formación Permanente se inscribe en el marco de una promesa. El título de la *Exhortación Pastores Dabo Vobis* tomado del texto de Jeremías, tiene la riqueza de señalar al ministerio sacerdotal como un don para el Pueblo de Dios. Jesucristo el Buen Pastor, es la promesa realizada, quien habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin (Cf. Jn 13,1). Cada gesto de Jesús era anuncio de la llegada del Reino, en cada mirada, en las lágrimas, en el levantar al caído, en despertar esperanza, abriendo caminos, acariciando al sufriente, hasta llegar al gesto supremo de la caridad pastoral, la entrega la propia vida para revelar el amor que Dios nos tiene, como Buen Pastor que da la vida por sus ovejas.

Jesucristo ha llamado a los apóstoles por su nombre y contando con su pasado, para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar (Cf. Mc 3,13-14), sosteniendo así la promesa en la historia. De esta manera el Señor prolonga en los enviados la misericordia para con su pueblo, y les confía la misión de anunciar la salvación, es decir el amor de Dios.

La promesa anunciada comprende el don de pastores, y a su vez una cualificación de los mismos, porque se trata de pastores según el corazón de Dios, marcados por los sentimientos del Hijo, en sintonía del corazón del Buen pastor.

En la persona sacerdote, aún con sus pobreza, el pueblo de Dios reconoce la presencia y la garantía del cumplimiento de la promesa y de la Alianza, manifestando sacramentalmente al Buen Pastor.

La Formación Permanente es el modo de vivir el discipulado de una manera sostenida en el tiempo, que en el caso del presbítero, posibilita una continua configuración con Cristo, permitiendo cumplir la misión predicando el Evangelio con la propia vida. El Papa Francisco, en su alocución a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Clero, en octubre de 2014, afirmó que *“la formación sacerdotal es una experiencia discipular, que acerca a Cristo y permite conformarse siempre más a Él. Justamente por esto, no es una tarea terminada, porque los sacerdotes no dejan nunca de ser discípulos de Jesús, de seguirlo. Por lo tanto la Formación en cuanto discipulado acompaña toda la vida del ministro ordenado e integralmente a toda su persona, intelectualmente, humanamente y espiritualmente”*

Por un lado el Papa expresa que por ser tarea para toda la vida, la formación es dinámica, esto encuentra *“su propio fundamento y su razón de ser original en el dinamismo del sacramento del Orden”* (PDV 70). Por otro lado al destacar el criterio de la integralidad en la formación, está afirmando lo que *Pastores Dabo Vobis* acentuó y que la nueva Ratio asume prioritariamente. Dicha integralidad hace referencia a la distinción de cuatro dimensiones en la formación (humana, espiritual intelectual y pastoral), realizada con sentido pedagógico, y que tiene su validez tanto en cuanto se sostenga una mutua vinculación entre las mismas, haciendo síntesis en el servicio pastoral en cuanto es la finalidad de toda la formación.

Quiero insistir en la relación que existe entre formación inicial y permanente, momentos de un **único camino**. Se suele sostener que la formación Permanente sigue a la formación inicial, sin embargo ésta debe pensarse desde la Formación permanente; de alguna manera se puede señalar a la Formación inicial como un prólogo de la

Permanente, y el prólogo es lo primero en leerse, pero lo último en ser escrito. De allí la importancia del trabajo de articulación entre los equipos de formación correspondientes a cada una de ellas.

2. Con el corazón del Buen Pastor

Ante los distintos puntos de partida desde los que se podría presentar la formación pastoral del sacerdote, hago la opción de acuerdo al contexto de este encuentro, de desarrollar el tema desde la rica enseñanza del Papa Francisco sobre el ministerio presbiteral. En ella podemos encontrar senderos para la gratitud por el don recibido, la oportunidad para recorrer un camino de conversión permanente y la alegría que significa entregar la vida en la misión. La identidad recibida con el sacramento del orden, crece y madura en el ejercicio del ministerio, revelándose en la pastoral.

2.1 Una pastoral vivida en fraternidad solidaria. El presbiterio.

Si bien más adelante lo profundizaremos en la reflexión sobre la dimensión humana, es necesario afirmar aquí el **carácter esencialmente relacional** de la identidad del presbítero. La riqueza doctrinal de PDV, explicita éste aspecto, que tiene su fuente en la Santísima Trinidad y se manifiesta en el misterio de la Iglesia, como comunión trinitaria en tensión misionera (Cf. PDV 12).

El primer responsable de la Formación permanente es cada sacerdote, pero dentro del rico y múltiple mundo de relaciones que implica el ministerio, cobra importancia de manera singular la corresponsabilidad del presbiterio en la formación, particularmente en la relación fraterna. La nueva Ratio lo destaca diciendo que *“el camino discipular exige un continuo crecimiento en la caridad, síntesis de la «perfección sacerdotal», pero esto no puede realizarse aisladamente, porque los presbíteros forman un único presbiterio, cuya unidad es constituida por «particulares vínculos de caridad apostólica, de ministerio y de fraternidad»...la «íntima fraternidad sacramental» de los presbíteros es la primera manifestación de la caridad, y también el primer espacio en el cual ésta puede desarrollarse.”* (RFIS 87)

Sin esta experiencia de fraternidad en el presbiterio *“se pierde identidad y pertenencia”*¹ y afecta profundamente a la misión. En un encuentro con sacerdotes diocesanos el Papa reconoce que no es fácil la fraternidad y que no hay que darla por supuesto, en primer lugar por la cultura subjetivista en la que vivimos y después por un cierto individualismo pastoral que desafortunadamente no es extraño encontrar en las

¹ Cf. ZANOTTI DE SAVANTI, Alicia. *Pensar la Crisis en la vida sacerdotal y consagrada*. Agape Libros, CABA, 2013.

diócesis.² Frente a esta realidad es necesario **elegir la fraternidad intencionalmente**, como realidad que nos constituye, y que corresponde al don que recibimos, pero que va siempre unido: la comunión en Cristo en el presbiterio, en torno al Obispo. Dice el Papa que *“esta comunión requiere ser vivida buscando formas concretas adecuadas a los tiempos y a la realidad local, pero siempre en perspectiva apostólica, con estilo misionero, con fraternidad y simplicidad de vida.”*³

El individualismo, atenta contra la fecundidad pastoral, de allí la importancia de trabajar en equipo, modo en el que se descansa por compartir la responsabilidad y la creatividad, buscando a través del discernimiento comunitario la voluntad de Dios. Desde el seminario se insiste en la importancia de la vida comunitaria, de la fraternidad sacerdotal, pero debemos preguntarnos por qué cuesta tanto a veces romper el aislamiento en que se cae, por qué se cae en una fatiga estéril de querer llevar todo sobre sí sin compartir, porque se da la negación a una pastoral de conjunto. A trabajar en equipo se aprende justamente trabajando juntos.

Teniendo en cuenta entonces que *“el primer ámbito en el que se desarrolla la formación permanente es la fraternidad sacerdotal”* (RFIS 82), cabe que nos preguntemos: ¿Cómo es mi relación con el obispo y con los hermanos sacerdotes? ¿Cómo es la relación del obispo con el clero? ¿Cómo asumo la pastoral de conjunto y que apporto a ella? La pastoral ¿es fruto de un trabajo en equipo con los sacerdotes, religiosos y laicos? ¿Cuáles son las heridas del presbiterio que no favorecen la comunión?

Responder estas preguntas puede darnos un diagnóstico de la realidad para dejarnos interpelar y ponerla en diálogo con el ideal propuesto, que se va concretando en la medida que vamos caminando hacia él con espíritu de compromiso y de conversión. Un presbiterio unido en la misión, se convertirá en testimonio de comunión, mostrando la *“belleza de la fraternidad.”*

Entre la persona del sacerdote y el presbiterio hay una relación de pertenencia que mutuamente se alimenta. Un sacerdote sano ayudará a tener un presbiterio sano. Un presbiterio con problemas serios en la comunión y en el estilo de vida sacerdotal, obstaculizará todo proceso de maduración de los sacerdotes. La misión de la formación permanente será favorecer y acompañar los procesos de crecimiento personal y ministerial de los sacerdotes en las distintas etapas de la vida, en el marco de un presbiterio que vive evangélicamente y con disposición a recorrer caminos de conversión.

² Cf. FRANCISCO, *La alegría de ser sacerdotes y la belleza de la fraternidad*. Discurso durante el encuentro con los sacerdotes diocesanos. Catedral, Cassano all'Jonio, 21 de junio de 2014.

³ Ibid

2.2 La pastoral como testimonio de los sentimientos de Cristo Jesús.

“El presbítero, a imagen del Buen Pastor, está llamado a ser hombre de la misericordia y la compasión, cercano a su pueblo y servidor de todos, particularmente de los que sufren grandes necesidades.” (DA 198) Estas palabras del Documento de Aparecida, las escuchamos de manera insistente en la enseñanza de Francisco, como si las quisiera dejar grabadas a fuego en el corazón de cada sacerdote.

El sacerdote no es un profesional de la pastoral o de la evangelización, sino que es un hombre en medio de los otros hombres, se hace sacerdote por estar en medio de la gente. El gesto evangelizador que testimonia al Buen Pastor es la **cercanía** y la **presencia**.

Ciertamente la homilía es un lugar clave para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo (Cf. Evangelii Gaudium 135), motivo por el cual, como dice el Papa en Evangelii Gaudium, debemos renovar *“nuestra confianza en la predicación, que se funda en la convicción de que es Dios quien quiere llegar a los demás a través del predicador y de que Él despliega su poder a través de la palabra humana”* (EG 136). *“Uno se admira de los recursos que tenía el Señor para dialogar con su pueblo, para revelar su misterio a todos, para cautivar a gente común con enseñanzas tan elevadas y de tanta exigencia. Creo que el secreto se esconde en esa mirada de Jesús hacia el pueblo, más allá de sus debilidades y caídas: «No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros el Reino» (Lc 12,32); Jesús predica con ese espíritu”* (EG 141).

Pero el sacerdote descubre también que la elocuencia de una predicación puede llegar a través del silencio, cuando se hace presente en el dolor de una familia que llora a quien ama y ya no está, o en el pasillo de una terapia intensiva abrazando los miedos de quienes esperan una noticia que les devuelva la esperanza, y así en muchos momentos que ustedes pueden encontrar en el ejercicio del propio ministerio. De esta manera, la **presencia y cercanía**, testimonian la ternura del amor de Dios para con su pueblo. La frase que ha quedado en el corazón del pueblo de Dios para expresar éste llamado a la proximidad, es *“ser pastores con olor a oveja”*.

Toda tarea pastoral implica la capacidad de **compasión**, en donde está puesto y conmovido el corazón⁴. El corazón compasivo es moldeado en el encuentro con la vida de la gente, participando de sus alegrías, de sus fiestas, de sus dolores, de sus lágrimas, de sus gritos angustiados. No es muy difícil descubrir en el ministerio una cantera extraordinaria de vida con todo el misterio que implica. La alegría de unos jóvenes que se casan, el gozo de ver crecer en la fe a los niños en la catequesis, las mesas compartidas en donde lo sencillo de lo cotidiano se hace fiesta de encuentro, el gozo del nacimiento en la fe en cada bautismo, la enfermedad abrazada, la impotencia ante lo que no hay más respuesta que el silencio, la comunidad en su entusiasmo de crecer en comunión y misión, etc.

Es en el corazón del Buen Pastor en donde encontramos la escuela de esta actitud pastoral. Jesús “*al ver a la multitud, sintió compasión de ellos, porque estaban cansados y desorientados como ovejas sin pastor*” (Mt 9,36). La compasión implica detenerse, contemplar, escuchar y obrar.

En el ministerio somos testigos de la **Misericordia**, del amor entrañable de Dios que no se cansará de decirle a cada hombre que lo ama. Lo somos no sólo por la misión que se nos confió, sino que también por la experiencia de la misericordia con que fuimos abrazados y sanados. Somos constantemente recreados en la misericordia. Es desafiante la Imagen de la iglesia que presentó Francisco, al mostrarla como un hospital de campaña, en donde es necesario curar las heridas, tantas heridas, “*de los problemas materiales, de los escándalos, también en la Iglesia*”. Misericordia significa por encima de todo curar las heridas. Lugar privilegiado para expresarla es el sacramento de la Reconciliación, que se demuestra en el modo de recibir, de escuchar, de acoger, de aconsejar, de absolver o de bendecir.

El sacerdote está llamado a testimoniar a Aquel “*que no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar la vida como rescate <<por muchos>>*” (Mt 20, 28). El ministerio, conlleva una autoridad, pero que está en función de ser **servidor** del Pueblo de Dios. Los Evangelios no dejan de señalar las debilidades de quienes fueron llamados a formar la comunidad apostólica, explicitando motivaciones lejanas al Reino (Cf. Mat 20, 25-28). Es Jesús quien señala el modo y el camino con su ejemplo, tan bellamente expresado en uno de los primeros himnos cristológicos enriquecido por San Pablo: “*se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo...se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó.*” (Fp 2, 8-9). Si

⁴ Francisco, La fatiga de los sacerdotes, Basílica Vaticana, Jueves santo, 2 de abril de 2015

somos sus discípulos, si estamos llamados a transparentar el corazón del Buen Pastor, no hay otro camino. ¿Cuáles son nuestras aspiraciones? ¿Qué deseos anidan en nuestro corazón? ¿Qué significan los demás para mí? ¿En qué medida el Reino es el centro y la pasión de mi vida? ¿Cómo ejerzo la autoridad confiada? Son preguntas que nos ayudan a discernir y purificar nuestra entrega. Cualquier atisbo de autoritarismo, de sentimientos de superioridad, de instrumentalización de las personas, de poco respeto a los carismas, de una mal entendida unidad confundida con el uniformismo, no solamente tendrá consecuencias que lastiman al Pueblo de Dios, sino que deformarán la belleza del ministerio, convirtiéndolo en obstáculo de la obra de Dios.

III -Animadores de una comunidad misionera. Un ministerio en salida.

Hemos señalado que la formación permanente se fundamenta en el dinamismo propio del sacramento del orden, pero también lo hace en la exigencia que plantea la misión y la finalidad que la orienta. Dicha formación *“está destinada a hacer crecer en el sacerdote la conciencia de su participación en la misión salvífica de la Iglesia,(y)...es no sólo condición necesaria, sino también medio indispensable para centrar constantemente el sentido de la misión y garantizar su realización fiel y generosa.”* (PDV 75).

Los presbíteros *“por la naturaleza misma de su ministerio, deben estar llenos y animados de un profundo espíritu misionero”* (PDV 18), llamados a establecer relaciones de fraternidad con todos los hombres, de servicio, de búsqueda de la justicia y de la paz (Cf PDV 18).

La finalidad pastoral de nuestro ministerio, que se realiza en una amplia gama de relaciones, depende del vínculo con Dios, acogiendo a Jesucristo y viviendo según el Espíritu. El sacerdote no sólo despliega su ministerio en el servicio a la comunidad eclesial, estableciendo vínculos fraternos, sino que también se hace solícito por los que no forman parte de ella. Nos interpela la constante referencia que hace al Papa a ser una Iglesia en salida, a ser sacerdotes que estén en las calles y en las periferias sociales y existenciales. Todas estas relaciones, son abrazadas por la caridad pastoral. En el testimonio del cura Brochero, contemplamos que la variedad inmensa de obras apostólicas que quedaron registradas, que nacían de la experiencia de amistad con el Señor, tenían una sola finalidad, ser instrumento de encuentro de Cristo con los hombres. Por esto, la cualificación de nuestra pastoral está dada en primer lugar por su finalidad, definida por la misión.

La expresión *“con un oído en el Pueblo y otro en el Evangelio”* del Siervo de Dios monseñor Enrique Angelelli, en su sencillez y profundidad señala cómo este mundo relacional reclama responsablemente una seria formación pastoral. La escucha de la realidad histórica en la que nos toca evangelizar invita a un discernimiento constante de

la voluntad de Dios, y este discernimiento no consiste solo en hacer un diagnóstico, sino en comprometer la propia vida para buscar las respuestas evangélicas que fundamenten la acción pastoral.

La pastoral refiere a una realidad teológica, por lo que exige un acercamiento específico, con métodos adecuados. Dice *Pastores Dabo Vobis*: “*La pastoral no es solamente un arte ni un conjunto de exhortaciones, experiencias y métodos; posee una categoría teológica plena, porque recibe de la fe los principios y criterios de la acción pastoral de la Iglesia en la historia*” (PDV 57). Por lo tanto, la pastoral no consiste en un simple hacer, ya que de hecho se podría desplegar anárquicamente una gran actividad sin orientación, o un activismo desprovisto de sentido pastoral que busca llenar vacíos existenciales.

Por ello la formación pastoral no se improvisa, exige una planificación responsable. Junto a la responsabilidad personal, es necesario el aporte institucional que brinde los elementos que favorezcan el discernimiento pastoral, no bastan cursos o encuentros temáticos asilados. En esta planificación es importante considerar las distintas etapas de vida y de ministerio, ya que repercuten en el modo de vivir el sacerdocio y de ejercer la pastoral: el entusiasmo y potencia de los primeros años, las crisis de realismo con su carga de desilusión, la potencialidad creativa que recoge la experiencia transitada, la sapiencial serenidad que se brinda acompañamiento a los más jóvenes, la memoria agradecida que se prepara para la última entrega. Qué importante es que un presbiterio se enriquezca por la interacción de las distintas generaciones, descubriéndose partícipes de una única misión junto a toda la Iglesia. En esta diversidad de edades, también se celebra la fraternidad.

Conclusión

Hemos enunciado la **integralidad** como criterio formativo fundamental en PDV y asumido en la *Ratio Fundamental*, concretada en la íntima vinculación entre las dimensiones de la formación, y realizada en un único camino. La dimensión pastoral es presentada como causa final. El camino de madurez que implica la formación permanente requiere que el sacerdote sepa integrar cada vez más armónicamente los distintos aspectos de su formación, “*alcanzando progresivamente la unidad interior*”, para ello “*es necesario que esté cada vez más abierto a acoger la caridad pastoral de Jesucristo*” (PDV 72), siendo ésta don y tarea, gracia y responsabilidad, como señala *Pastores Dabo Vobis*, asumiendo y viviendo su dinamismo hasta las exigencias más radicales (Cf PDV 72).

En la exhortación que el Apóstol hace a Timoteo de reavivar el carisma que ha recibido de Dios (Cf. 2Tim 1,6), descubrimos el sentido de la formación permanente: mantener la vitalidad de una entrega que implica el don de sí en la misión recibida. Ésta

es la manera en que el sacerdote vive la gozosa espera del Salvador, amando con los sentimientos de Cristo Jesús. Sabe que la eficacia de su labor no reside en los éxitos alcanzados, sino que le viene dada por recorrer con el Señor el camino de la cruz.

Concluyo con una imagen tomada de las palabras del gran músico argentino-israelí, Daniel Barenboim, quien dice que la música no comienza con la primera nota que se ejecuta, sino con el silencio que la espera y concluye con el silencio que expresa el corazón conmovido. De alguna manera, si nuestra entrega pastoral es esa sinfonía que se va ejecutando con nuestra entrega, lo que la hace posible es la oración en la que nace y en la que concluye, en ese silencio de intimidad en el que escuchamos a Dios y en donde le entregamos el misterio de la vida de nuestros hermanos a quienes servimos.

El cura Brochero en la carta a su amigo, el Obispo Martín Yañiz, escrita ya en tiempos en que la enfermedad iba abrazando su cuerpo preparando su pascua definitiva, nos regala un testamento espiritual, en que la memoria pastoral se hace reconocimiento agradecido de la obra de Dios en su vida, confiando en la primacía de la Gracia. Con sus palabras nos dice que no llegó a su fin a puro galope como el caballo chesche, brioso, enérgico, sin embargo, hay palabras que faltan en la carta y las descubrimos escritas con su propia vida, porque realmente sí murió galopando con su oración, de hecho afrontó su tiempo de sufrimiento como oportunidad *“para orar por los hombres pasados, por los presentes y por los que han de venir hasta el fin del mundo”*. Entre los silencios de sus muchas travesías de la sierra yendo a los suyos y el silencio de una oración pastoral frente al sagrario, ha sostenido el amor a Dios y a los suyos, siempre bajo el amparo de la Purísima. Respondiendo con generosidad a la fidelidad de Dios, fue testigo del Buen Pastor anunciando la alegría del Evangelio. Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin.

PREGUNTAS PARA EL TRABAJO EN GRUPOS

1. Desde el ministerio vivido, ¿qué sugerencias puedes hacer a la formación permanente desde la dimensión pastoral?
2. Frente a la realidad social y eclesial en el País, ¿qué actitudes pastorales se hacen necesarias y prioritarias?
3. ¿De qué manera se realiza una pastoral de conjunto en tu Iglesia Diocesana y qué desafíos presenta?

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo-Obispo Emérito de Papantla
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero